estos son los horribles resultados del desprecio de Dios, de su ley y autoridad, de su Iglesia y de sus sacramentos, el corazón se llena de honda amargura, porque delante de los ojos aparece el más negro porvenir..... ¿No habrá una voz que diga al mundo: "detente?" Esa voz no puede ser humana. Es la voz divina del Salvador en la Eucaristía. "¿Habeis olvidado que estoy en medio de vosotros? Volved á Mí, si no quereis perecer."

¿Se ha de desagraviar á Jesucristo? Necesario es que la sociedad humana gire, como en sus ejes, sobre la justicia del cielo y el temor de Dios; necesario es que sean entendidas y practicadas las máximas del Evangelio; necesario es que se cieguen para siempre las fuentes del escándalo social. Organizar la vida verdaderamente católica en la sociedad entera, é imprimir vigorosos impulsos al vuelo de la perfección cristiana, desde el primero hasta el último de los individuos, cualquiera que sea su gerarquía, su clase y condición; hacer, en fin, que los corazones que van viniendo á la vida se sometan desde luego al suave yugo del Señor, y se inspiren desde muy temprano del amor á Jesucristo: hé aquí la grande obra. *Et nunc reges intelligite.*[1]

Y debe ser así. Porque toda la economía social, todas las acciones humanas, toda la serie de la vida, debe referirse á Jesucristo en la Eucaristía. Él está sobre nuestros altares para hacer la felicidad de todo el género humano, y todo el género humano en ninguna cosa debe pensar con más ardor, sino en recibirle dignamente y en gustar de su divina compañía. Nunca, pues, las costumbres públicas y privadas, serán bastante dignas para corresponder á la santidad que este Maestro Supremo constantemente nos enseña.

1 Salm. II, 10.

¿Se ha de desagraviar á Jesucristo? Luego cada uno de los corazones debe inflamarse en el deseo de practicar lo que más conduce á este noble fin. Y tiene que llenar este deber: en sí mismo por la reforma radical de su conducta, y en los otros por la enseñanza y el ejemplo.

IX

"No hay verdad, dice el Apóstol San Juan, en los labios del que afirma estar libre de pecado...."[1] ¡Ah! "Pensemos á veces en aquel dia en que, faltando la tierra á nuestros pies, y huyendo el mundo lejos de nosotros, veremos obrarse una súbita revolución en nuestras ideas y en nuestros juicios, hasta el punto de llamar locura á lo que hemos nombrado sabiduría, y sabiduría á lo que hemos designado con el nombre de locura. ¡Oh amor Divino! ¡Si no puedo elevarme durante esta vida hasta la cumbre de esa perfección sublime desde la cual se descubre á Dios, venid, ayudadme al menos, no á desatar, sino á romper, para siempre, los lazos funestos que me unen á los objetos de la tie-

1 Epíst. 1ª I, 8.

rra! ¡Que semejante al ave, que en su vuelo rápido hacia los cielos, rompe, casi sin percibirlo, el ligero velo de vapores que se ve á veces en una bella mañana de otoño, me lance también hacia Vos! ¡Oh amor que sois Dios! No temais; á mí no me espanta el tormento de vuestras llamas; destruid, consumid, yo no me opondré á vuestros estragos; antes bien, si puedo, os ayudaré contra mí mismo, á fin de que, si es posible, no quede en mí nada de terrestre."[1]

Cuando el alma, elevándose así á la altura de su destino, se persuada de que en medio de sus miserias debe siempre conservarse digna de recibir al Salvador en la Eucaristía, entonces podrá gloriarse de haber dado el primer paso en el camino de reparación que ha emprendido. Esa reparación siempre en aumento, se hará, por fin, expansiva por la palabra y el ejemplo.

Un consejo sabio, un aviso oportuno dado en el desahogo de la amistad, ha sido suficiente alguna vez para producir los más felices frutos de santificación. ¡Cuántos han debido su eterna felicidad á una indicación dictada por la caridad, y robustecida por la discreción y la prudencia! En nuestro corazón no puede estar sin irradiar una centella sola de amor á Jesucristo en la Eucaristía, que hayamos tenido la felicidad de alcanzar. Instruir la ignorancia, combatir los obstáculos, y determinar la voluntad en los otros, para que ofrezcan su corazón á Jesucristo; hé aquí la grande, la heroica

1 Herbet. Imitación de Jesucristo meditada. Lib. II, consid. 21.

misión del que verdaderamente ama á la Divina Eucaristía, del que anhela por que todos reparen los agravios con el amor.

¡Qué grato es fijar nuestras miradas en esa escuela donde se recibe la primera enseñanza del amor á Jesucristo en la Eucaristía! Así como el padre y la madre de familia son los principales autores de las ofensas que se hacen al Salvador en este Misterio, cuando descuidan dar á sus hijos las lecciones del temor de Dios; ellos, de igual modo, tienen en las manos el tesoro más rico de elementos para desagraviarle. Sí: ellos, infiltrando en los tiernos corazones el horror al pecado, les enseñan á desear el eterno gozo: ellos también, en el templo, rodeados de sus pequeños hijos, les hacen sentir el respeto y el amor, señalándoles el tabernáculo, y repitiendo las palabras del Bautista: "Ved aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo."[1]

X

Por último, nuestros ejemplos coronarán la obra. "Resplandezca vuestra luz, nos dice el Salvador, á la vista de los demás para que vean vuestras buenas obras."[2] El ejemplo tiene una elocuencia viva, penetrante, irresistible. ¡Ay de aquel que delante de los hombres niega que es de Dios.[3]

1 San Juan, I, 29 y 36.
2 San Mateo, V, 16.
3 San Lucas, XII, 9.

Llena está la tierra de malos ejemplos, porque, como dice la Divina Escritura, es infinito el número de los insensatos;[1] pero el alma que tenga la gloria de temer al Señor, y de vivir para la Eucaristía, arrebatará las voluntades con la eficacia del ejemplo; ejemplo que muy lejos de querer ocultar, será la fuerza de los corazones vacilantes. *Fiat, fiat.*[2]

1 Ecclesiastés, I, 15.
2 Salm. CV, 48.

REFLEXIÓN XVI

EL ÚNICO RECURSO.

.... Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad Te.

Como no sabemos lo que debemos hacer, no nos queda más que volver nuestros ojos á Tí.

II Paralipom. XX, 12.

I

La historia del corazón humano, desde que tiene la desgracia de apartarse de Dios, para recorrer los caminos de la iniquidad, es el cuadro más triste y sombrío que puede presentarse á la inteligencia; y el abismo sin fondo en que no se hallan más que desolación, abatimiento y muerte. Penosa tarea es ocuparse de esa historia, y sin embargo, necesario es emprenderla, no una, sino repetidas veces, así porque se contienen en ella grandes lecciones, como porque al conocerla, se dejan ver en todo su realce y magnitud, el amor y la magnificencia del Señor en salvarnos.